

La vieja Angelica, con las manos cruzadas sobre el vientre, sonriendo, con tono de suave burla, dijo:

—No sé qué gusto puede hallar este animal durmiendo metido ahí detrás del señor.

—Eso—respondió el señor Bergeret—es cosa suya.

Pero como tenía el espíritu propicia al examen, buscó en seguida las razones de *Riquet*, y habiéndolas encontrado, las expuso con su acostumbrada buena fe:

—Le doy calor y mi presencia le tranquiliza. Este compañero es doméstico y friolero.

Y el señor Bergeret añadió:

—¿Sabe usted, Angelica?... Voy á salir para comprarle un collar.

VII

El rector de la Universidad, el señor Leterrier, de carácter absorbente, y filósofo espiritualista, no había tenido nunca gran simpatía por la inteligencia crítica del señor Bergeret. Pero una circunstancia bastante favorable los había reunido. El señor Leterrier tenía sus ideas respecto al Proceso. Había firmado una protesta contra la sentencia, que juzgaba ilegal y errónea. Por esta causa fué objeto de la cólera y del desprecio público.

En la ciudad, que constaba de ciento cincuenta mil habitantes, no habría más que cinco personas

que fueran de la misma opinión sobre el Proceso; eran: el señor Bergeret, su colega en la Facultad, dos oficiales de artillería y el señor Boulet. Y aun los dos oficiales guardaban una rigurosa reserva, y Eusebio Boulet, redactor en jefe de *El Faro*, se veía obligado por deber profesional á expresar cada día con violencia opiniones contrarias á las suyas propias, á lanzar inectivas contra el señor Leterrier y á denunciarle á la indignación de las gentes honradas.

El señor Bergeret escribió á su rector una carta de felicitación. El señor Leterrier fué á visitarle.

—¿No cree usted—dijo el señor Leterrier—que hay en la verdad una fuerza que la hace invencible, y asegura para una hora más ó menos próxima su triunfo definitivo? Esto era lo que pensaba el ilustre Ernesto Renán: esto es lo que ha sido expresado más recientemente en una frase digna de ser grabada en bronce.

—No es eso lo que yo pienso—dijo el señor Bergeret—. Creo, por el contrario, que la verdad está muy á menudo expuesta á perecer obscuramente bajo el desprecio y la injuria. Esta creencia podría ilustrarla con pruebas abundantes. Considere usted que la verdad tiene sobre la mentira caracteres de inferioridad que la condenan á desaparecer. Primero es una; es una, como dice el padre Lantaigne, que la admira, y verdaderamente no hay por qué. Pues siendo la mentira múltiple, tiene contra ella el número. No es este su solo defecto. Es inerte. No es susceptible de mo-

dificaciones; no se presta á las combinaciones que podrían hacerla entrar fácilmente en la inteligencia ó en las pasiones de los hombres. La mentira, por el contrario, tiene recursos maravillosos. Es dúctil, es plástica. Y además, no temamos decirlo, es natural y moral. Es natural, como todo producto ordinario del mecanismo de los sentidos, fuente y recipiente de ilusiones; es moral, por lo que concuerda con las costumbres de los hombres que, viviendo en comunidad, han fundado en la idea del bien y del mal sus leyes divinas y humanas sobre las interpretaciones más antiguas, más santas, más absurdas, más augustas, más bárbaras y los más falsos de los fenómenos naturales. La mentira es el principio de toda virtud y de toda belleza entre los hombres. Así vemos que figuras con alas é imágenes sobrenaturales embellecen sus jardines, sus palacios y sus templos. Sólo se oyen con gusto las mentiras que dicen los poetas ¿Quién nos empuja á rechazar la mentira ó á buscar la verdad? Una empresa semejante no podría estar inspirada más que por una curiosidad de decadentes, por una culpable temeridad de intelectuales. Es un atentado á la naturaleza moral del hombre y al orden de la sociedad. Es una ofensa á los amores y á las virtudes de los pueblos. El progreso de este mal sería funesto si pudiera apresurarse. Lo arruinaría todo. Pero vemos que en la realidad es insignificante y lenta: nunca la verdad perjudica á la mentira.

—Es evidente—dijo el señor Leterrier—que no

considera usted las verdades científicas. Su progreso es rápido, irresistible, bienhechor.

—Está, desgraciadamente, fuera de duda—dijo el señor Bergeret—que las verdades científicas que penetran en las turbas se introducen como en un pantano, se ahogan, no estallan, y permanecen sin fuerza para destruir los errores de los juicios y los prejuicios.

•Las verdades de laboratorio, que ejercen sobre usted y sobre mí un poder soberano, no tienen imperio sobre la masa del pueblo. No citaré más que un ejemplo: el sistema de Copérnico y de Galileo es absolutamente inconciliable con la física cristiana. Sin embargo, vemos que ha penetrado en Francia y en todo el mundo, hasta en las escuelas primarias, sin modificar del modo más ligero los conceptos teológicos que debía destruir absolutamente. Es cierto que las ideas de Laplace acerca de la formación del mundo hacen parecer la antigua cosmogonía judeo-cristiana tan pueril como un cuadro con reloj fabricado por un obrero suizo. Sin embargo, las teorías de Laplace se exponen claramente desde hace casi un siglo, sin que los cuentos judíos y caldeos sobre el origen del mundo, que se encuentran en los libros sagrados de los cristianos, hayan perdido nada de su crédito entre los hombres. La ciencia nunca ha perjudicado á la religión, y se puede demostrar el absurdo de una práctica piadosa sin disminuir el número de personas que se entregan á ella.

»Las verdades científicas no son simpáticas al vulgo. Los pueblos viven de mitología. Sacan de la fábula todas las nociones que necesitan para vivir. No es mucho lo que necesitan, y algunas sencillas mentiras bastan para dorar millones de existencias. La verdad no encuentra buena acogida entre los hombres. Y sería una desgracia que la encontrase, pues es tan contraria á su genio como á sus intereses.»

—Señor Bergeret, es usted como los griegos—dijo el señor Leterrier—. Formula deliciosos sofismos, y sus razonamientos parecen estar modulados en la flauta de Pan. Sin embargo, creo con Renán, creo con Emilio Zola, que la verdad lleva en sí una fuerza penetrante de que no gozan el error ni la mentira. Digo «la verdad», y me comprende usted, sin más explicaciones, porque las hermosas palabras verdad y justicia bastan, sin definirse para expresar perfectamente su verdadero sentido. Tienen por sí mismas una belleza que brilla y una luz celestial. Creo en el triunfo de la verdad. Es lo que me sostiene á través de las dificultades que se me originan en este mundo.

—¡Ojalá tenga usted razón, señor rector—dijo Bergeret—. Pero, en tesis general, creo que el conocimiento que adquirimos de los hechos y de los hombres es raramente conforme á los hombres mismos y á los hechos consumados; que los medios por los cuales nuestro espíritu puede aproximarse á esta conformidad son incompletos é insuficientes; y que si el tiempo descubre algo nue-

vo, destruye más de lo que aporta. A mi modo de ver, la señora Roland, en la cárcel, demostraba una confianza un poco inocente en la justicia humana, cuando con corazón tan firme y espíritu seguro llamaba á la imparcial posteridad. La posteridad sólo es imparcial cuando es indiferente, y lo que no le interesa lo olvida. No es un juez, como creía la señora Roland. Es una turba, una turba ciega, sorprendida, miserable y violenta; como todas las turbas, ama y odia, sobre todo odia. Tiene sus juicios, vive en el presente. Ignora el pasado. Para ella no hay futuro.

—Pero hay horas de justicia y de reparación—dijo el señor Leterrier.

—¿Cree usted—preguntó el señor Bergeret—que esta hora suene alguna vez para Macbet?

—¿Para Macbet?

—Para Macbeth, hijo de Finleg, rey de Escocia. La leyenda y Shakespeare, dos grandes poderes intelectuales, han hecho de él un criminal. Tengo la convicción de que era un hombre excelente. Protegía á las clases populares y á los eclesiásticos contra las violencias de los nobles. Fué un rey económico, justiciero, amigo de los artesanos. La crónica lo atestigua. No asesinó al rey Duncan. Su mujer no era mala. Se llamaba Gruoch, y tenía tres venganzas contra la familia de Malcolm. Su primer marido fué quemado vivo en su castillo. Tengo ahí, sobre la mesa, en una revista inglesa, razones bastantes para probar la virtud de Macbet y la inocencia de

lady Macbet. ¿Cree usted que, publicando esas pruebas, cambiaría de rumbo la creencia universal?

—De ningún modo—respondió el señor Leterrier.

—Tampoco yo lo creo—suspiró el señor Bergeret.

En aquel momento se oían clamores en la plaza pública. Eran los ciudadanos, que, según costumbre, iban á romper los cristales del zapatero Mayer por respeto al ejército.

Gritaban: «¡Muera Zola! ¡Muera Leterrier! ¡Muera Bergeret! ¡Mueran los judíos!» Y como el rector sintiera alguna tristeza y alguna indignación, el señor Bergeret le argumentó que era preciso comprender el entusiasmo de las turbas.

—Esta multitud—dijo—va á romper los cristales de una zapatería. Lo conseguirá sin trabajo. ¿Cree usted que tal hacinamiento de hombres conseguiría tan fácilmente poner cristales ó campanillas en casa del general Cartier de Chalmot? Seguramente, no. El entusiasmo popular no es constructor. Es esencialmente subversivo. Esta vez se alza contra nosotros. Pero no hay que tener en cuenta esta circunstancia particular, y debemos buscar las leyes á las cuales obedece su pensamiento.

—Sin duda—respondió el señor Leterrier, que era el candor mismo—. Pero lo que sucede me consterna. ¿Podemos, sin lamentarlo, ver agitarse contra la justicia y la verdad á este pueblo

francés, que ha sido el maestro de Derecho en Europa y en todo el mundo, y que enseñó la justicia al universo?

VIII

Habiendo muerto á los noventa y dos años el presidente de Audiencia, señor Cassagnol, se le condujo á la iglesia en el coche de los pobres, conforme á la voluntad que había expresado en vida. Esta disposición fué juzgada en silencio. La conciencia toda sentíase ofendida secretamente, como por una señal de desprecio hacia la riqueza, objeto del respeto público y como por el ostensible abandono de un privilegio ligado á la clase burguesa. Recordaban que el señor Cassagnol había mantenido su casa muy decorosamente y mostrado hasta la extrema vejez una severa corrección en su vestir. Aunque le vieron sin cesar ocupado en obras católicas, nadie había pensado en decir, aplicándole las palabras de un orador cristiano, que amaba á los pobres hasta hacerse semejante á ellos. Lo que no se creía proceder de un exceso de caridad, pasaba por una paradoja de orgullo, y esta humildad soberbia era considerada fríamente.

Lamentaban que el difunto oficial de la Legión de Honor hubiera ordenado que no le hiciesen los honores militares. El estado de los ánimos, inflamados por los periódicos nacionalistas, era tal,